

Armando López Castro

María Luzdivina Cuesta Torre

(editores)

**ACTAS DEL XI CONGRESO INTERNACIONAL DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
(Universidad de León, 20 al 24 de septiembre de 2005)**

VOLUMEN I



UNIVERSIDAD DE LEÓN

Secretariado de Publicaciones

2007

Asociación Hispánica de Literatura Medieval. Congreso Internacional (11º. 2005. León)

Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval : (Universidad de León, 20 al 24 de septiembre de 2005) / Armando López Castro, María Luzdivina Cuesta Torre (editores). -- [León] : Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 2007

2 v. : il. ; 24 cm.

Contiene : Vol. I – Vol. II. – Textos en español, portugués y catalán
ISBN 978-84-9773-357-6

1. Literatura medieval-Historia y crítica-Congresos. I. López Castro, Armando. II. Cuesta Torre, María Luzdivina. III. Universidad de León. Secretariado de Publicaciones. III. Título

82.09"04/14"(063)

© **Universidad de León**

Secretariado de Publicaciones

© Los autores

ISBN: 978-84-9773-357-6

Depósito Legal: LE-1443-2007

Impresión: Universidad de León. Servicio de Imprenta

MATIÈRE DE BRETAGNE Y LOORES DE ESPAÑA: UN TEMA REVISITADO

Stephen Reckert

Universidad de Londres

Hacia 1136 se redactó un extraño libro cuasi novelesco que ha sido calificado como «el más influyente jamás escrito en el País de Gales»: ¹ la monumental *Historia Regum Britanniae* de Galfridus Monumetensis. Su nombre casualmente apropiado no se refiere a esa monumentalidad sino al pueblo de Monmouth, que tras siete siglos de ocupación inglesa se reincorporó a Gales hace pocos años con su nombre original, Mynwy. A Galfridus – en galés Sieffre o Fynwy, ² y en inglés Geoffrey of Monmouth – se debe la invención del Rey Arturo; para evaluar su influencia basta ver el *Diccionario de Mitología Artúrica* de Carlos Alvar.

El propósito de la obra, que pretende ser traducción de un original galés – «*britannici sermonis librum vetustissimum*» – es esclarecer a los normandos sobre la nobleza y antigüedad del país que habían conquistado setenta años antes. Como *captatio benevolentiae*, Geoffrey escoge para el papel de malos de la pieza sus precursores, los sajones. Para tratar de la *matière de Bretagne*, partiré de él y regularé en el tiempo, después invirtiendo el rumbo y enveredando hacia el presente y el sur. Hablaré siempre de *Britania* y *britanos*, para obviar confusiones con la pequeña Bretaña continental o Armórica.

«*Britania, insularum optima*», explica Geoffrey en su exordio,

situada en el Océano Occidental entre Galia e Hibernia, mide 800 millas por 200, y produce en abundancia todo lo que conviene al uso del hombre. Fecunda en toda clase de metales, tiene anchos campos y cerros, propios para el cultivo de cereales [...], y bosques llenos de todo tipo de caza alternando con pastos donde hay forraje para el ganado y flores de diversos colores que fornecen miel a revoloteantes abejas. Al pie de sus ventosas montañas hay lugares amenos con [...] prados irrigados por [...] fuentes y arroyos cuyo [...] murmullo invita a apacible sueño a los que se tienden en sus orillas. Tiene también lagos y ríos ricos en pescado, más un estrecho que la comunica con Galia al sur, y tres nobles estuarios [...] que reciben mercancías de allende el mar. Otrora la adornaban veintiocho ciudades, unas en zonas yermas y hoy en ruinas [...], y otras con santuarios y altivas torres donde compañías de religiosos alaban a Dios [...]. Hoy la habitan cinco pueblos: normandos, britanos, sajones, pictos y escoceses; antes, los britanos la ocupaban de mar a mar, hasta que la venganza divina los castigó por su soberbia, sometiéndolos a los pictos y sajones. (Faral 1929).

Las fuentes de este pasaje no son difíciles de identificar. Las dimensiones de la isla vienen del lusitano Orosio, del siglo V, transcritas confiadamente por los galeses Gildas y Nenio en los siglos VI y VIII y el normando Enrique de Huntingdon seis años antes de Geoffrey. ³ Con él, después de siete siglos de conjeturas, están por fin establecidas.

¹ Jarman 1966: 100.

² La mutación inicial M > F es obligatoria en galés después de ciertas preposiciones.

³ Orosio se basa en Plinio (4.16.102), que cita como su fuente Agripa, que «longitudinem DCC esse, latitudinem CCC credit».

El curioso adjetivo *foecunda*, aplicado a metales, revela la fuente de la referencia con un pasaje de la *Historia Ecclesiastica* (1.1) del monje sajón Beda, del siglo VII, que describe la isla como «venis metallorum, aëris, ferri et plumbi et argenti foecunda». Sorprende la falta del estaño, cuya existencia en Cornualles era conocida desde Tímeo, en el siglo III antes de Cristo, y que atraía mercaderes cuando el país ni siquiera tenía nombre; pero «no hay mentiras en los libros de Beda» (como aun los galeses reconocían en el siglo IX),⁴ que contaba con la autoridad de Plinio para considerarlo una forma de plomo.

Los «campos late pansos» y «colles culturae aptos» vienen *verbatim* de Gildas. Para los bosques Geoffrey se inspira en su precursor inmediato Enrique, retomando luego la transcripción de Gildas con «alternandis animalium pastibus», «flores diversorum colorum», y el tópico del *locus amoenus*. Continúa con los lagos y los estuarios que atraen barcos cargados, según Gildas, de «delicias transmarinas». Geoffrey suprime la implícita censura típica de Gildas, prefiriendo la palabra neutra *commercium*.

Los «fluvii pisciosi» vienen de Beda. Aquí, como con los metales, Geoffrey no se propone un catálogo de los recursos del país sino una síntesis de sus tres especies principales de producción organizada – la minería, el pastoreo y la agricultura – más la pesca y la caza. Si no, podría (como Beda y Enrique) enumerar las variedades de aves de caza y mariscos, como los mejillones que contenían las famosas perlas británicas, una decepción cuando llegaron a los mercados del Mediterráneo y resultaron ser de agua dulce y, según Plinio y Tácito, no sólo «parvos atque decolores» sino con protuberancias.⁵ Más importantes eran los rebaños y animales de carga citados por Beda, para quien la isla era «alendis apta pecoribus ac iumentis»: hecho ya notado por el hispano-romano Pomponio Mela, que (con desprecio explicable en un ibero, más afecto a leguminosas que a gachas de avena) comenta que es «fecunda, verum iis quae pecora quam homines benignius alant» (*De Chorographia* 3.5.6). La lista de recursos acuáticos podría haber incluido las termas que impresionaron a tantos observadores, de Solino e Isidoro de Sevilla a Enrique de Huntingdon, con sus inagotables baños calientes «omni aetate et sexui», como Beda se cuida de precisar, explicando la temperatura constante del agua con una cita de San Basilio, que parece haber anticipado el descubrimiento de la radioactividad de los metales.

Las montañas ventosas son un *topos* que se remonta a las «aërias Alpís» de las *Geórgicas* (III, 474). Pero ¿de donde han surgido las «advolantes apes» con su miel? Quizá de Hibernia, de donde habían sido desterradas por Solino e Isidoro, siendo repatriadas luego por Beda y Enrique. Las veintiocho ciudades son Gildas otra vez, así como las compañías de religiosos; pero la idea de que la devoción fervorosa es la regla y no la excepción es de Beda, que se alegra de que las entonces cuatro etnias de la isla estén unidas en atestiguar la fé de Cristo. Finalmente, la afirmación de que los dominios britanos antiguamente se extendían «a mari usque ad mare» viene de Nenio.

De tantos agüeros propicios, Geoffrey construye una acción trágica cuyo protagonista es el país mismo, primero orgulloso y potente y luego derribado por aquel mismo orgullo al que Gildas ya había atribuido la ruina de una nación terca y arrogante «ex quo habitata est». Así, la frase de Nenio cobra una carga patética que no tenía en su propio relato. Lo que interesa a Geoffrey es el tema duplo de elogio y elegía implícito en la trayectoria entre la evocación de glorias pasadas y el lamento por todo lo que se ha perdido. El acoplamiento de estos temas es inherente a la propia naturaleza humana, que encuentra una equívoca satisfacción moral y

⁴ «Nyt wy dyweit geu llyfreu Beda» (*Llyfr Taliesin*, anón., ed. J. Evans 1910, Llanbedrog, 36). Cf. Plinio: 4.22.11, y para el conocimiento de los metales británicos en la antigüedad, Bunbury 1879: I. 602-03; II. 339; 687, y Cunliffe 2005: 15-18.

⁵ Plinio, 9.35.116; cf. Tácito, *Agricola*, XII.

estética en reflexiones *de casibus virorum illustrium*, y puede extraer un perverso placer aun de la infelicidad.

Lo que ahora nos interesa es la trayectoria por la cual los dos temas vinculados han entrado en el texto de Geoffrey. Los abordaré en el orden entrópico en que naturalmente ocurren, y que no puede invertirse sino en breves expresiones líricas, pues si la acción es demasiado compleja para ser abarcada a simple vista, cambiar ese orden destruye la tensión necesaria al efecto dramático: es la sucesión temporal misma lo que constituye la esencia de la tragedia.

El *incipit* de Geoffrey, «*Britannia, insularum optima*», es un eco, para el son, de la frase de Beda, «*Britannia [...], insula opima frugibus atque arboribus*», y por el sentido, de su ampliación en la *Historia Anglorum* de Enrique de Huntingdon, «*Britannia [...], beatissima [...], insularum, foecunda frugibus et arboribus*». De todos los encomiadores de la isla, Enrique es el más exuberante: superlativos de excelencia, abundancia, magnitud y énfasis chorrean de su pluma. ¿Ha dicho Beda que tiene diversas especies de aves terrestres y marítimas? Pues para Enrique tendrá *muchas* y diversas especies terrestres, marítimas y *fluviales*, y será no sólo *apta* sino *mira* para la cría de rebaños. Si algunas de las veintiocho ciudades de Gildas se desmoronan en el desierto, para él están todas «*amoenis locis insitae*», y no sólo se sitúan sobre ríos sino que «*coruscant super fertilia et pulcherrima flumina*».

Enrique es un romanófilo: se entusiasma con los caminos romanos, «*multum spatiosi nec minus speciosi*», y aun manosea el texto de Beda para dar a entender que el dominio romano continuó de la llegada de César hasta la de los sajones. Pero si Roma vale por antonomasia una romería, a fin de cuentas hay poco en el continente que no se pueda encontrar en su propia isla afortunada. Es curioso ver hasta qué punto este normando se integra en el país recién conquistado: para él, aun el clima es «*gratissimum et saluberrimum*» (otros autores, sobre todo del sur de Europa, habían sido más comedidos). Sólo al llegar a la viticultura, que Beda, enclaustrado en su monasterio norteño, había concedido era posible en algunas zonas, muestra Enrique cierta reserva: como la isla abunda en tantas cosas, desde luego es fértil en viñas... pero no mucho: «*cum [...] tot rebus abundet, [...] vineae quoque fertilis est, sed raro*» (1.6).

Tanto del alimento intelectual de Enrique consta de sobras del refectorio monástico de Beda con fuerte condimentación adjetiva que sorprende descubrir cuántos superlativos de su *Historia Anglorum* ya estaban en la *Historia Ecclesiastica* de su precursor, si bien éste, con sentido práctico sajón, parece preciar más la abundancia y la utilidad que la elegancia y la belleza. Aun así, el propio Beda se deja llevar por el entusiasmo hasta ignorar el testimonio de Tácito y Plinio y afirmar que las perlas británicas, lejos de ser lívidas y descoloradas, o pequeñas y deformes, son excelentes y de varios colores. Beda tiene encomios aun para Irlanda, que también posee sus viñas e incluso su miel. Aquí puede tratarse menos de un arrebató de entusiasmo que de un *topos* bíblico, pues acto seguido habla de leche, que también Estrabón (Δ.5.2) había mencionado con relación a Britania, aunque sólo para notar que los indígenas eran demasiado primitivos para saber transformarla en queso.

Del *Liber Querulus*, como se apodaba con razón el *De Excidio Britanniae* de Gildas, no hay que esperar miel y leche sino hiel y ajeno. Casi las únicas excepciones a su desabrido panorama son una evocación de los ríos apacibles y una comparación de los cerros cubiertos de flores a una novia engalanada de joyas (cf. *infra*, n. 11). En Gildas no hay fantasías sobre viñas y el clima maravilloso: nadie desde Estrabón había pintado un cuadro tan tétrico de una Britania aterida de frío glacial y lejos del sol. Para él no es de extrañar que los romanos se hayan marchado de un país que no tenía ni vino ni aceite; y aun la riqueza mineral que todos habían reconocido se reduce, con un subjuntivo de mala gana, a «lo que pueda eventualmente haber de cobre, plata u oro». Y si no puede dejar de reconocer la habilidad de los constructores de las veintiocho ciudades y las grandes obras públicas de que se orgulla una tierra adornada de castillos, murallas, torres, puertas, casas, y «*molitionibus non improbabiler instructis*», encuentra poco de la piedad que Beda y Geoffrey habían de elogiar en sus habitantes. Al

contrario, su apego a los preceptos cristianos nunca fue más que tibia, y ahora no hay asomo de verdad y justicia, ni siquiera un recuerdo de su existencia. Hace mucho que no sólo el rebaño del Señor sino también sus pastores se dejan seducir por la vanidad y el error. Por cierto, lo que causó la caída de la isla a los paganos fue tanto la depravación del pueblo entero (sus «foedae libidines idolatria sacrilegia furta adulteria periuria homicidia et ceterae vitiorum soboles», según el vertiginoso resumen de un tardío comentarista de Gildas) como su adicción a la guerra civil, culminando en la locura de franquear las puertas al invasor como un Conde Julián *avant la lettre*... «et qui haec plenius scire voluerit, legat sanctum Gyldam».⁶

Con el fallo de Gildas concuerdan tanto Beda, que como sajón no esconde cierta satisfacción por la derrota de los britanos que se negaron a evangelizar a sus antepasados, como Enrique, cuyo afecto al nuevo país no obvia la serenidad con que encara sus calamidades *sub specie aeternitatis*. Olvidando sus anteriores elogios de la conservación de las veintiocho ciudades, afirma que aun los nombres de algunas ya nada significan: ¿no es disparate, pues, desear la gloria mundana? Los pictos, y aun su lengua, han desaparecido: ¿quién no ve en esto la prueba de la vanidad de las cosas terrenas, si no sólo reyes y ciudades sino pueblos enteros pueden perecer?

Pictos, sajones, escoceses, britanos, todos son iguales para Enrique: aun los romanos, aun los propios normandos, son meros instrumentos de la voluntad divina. Pero son los britanos, y los más antiguos y civilizados de sus invasores, los que mejor ejemplifican esto; y Enrique, en una página elocuente, está a la altura de su tema:

Hemos tratado de cuarenta y cinco emperadores que reinaron en Britania y otras partes del mundo, y que si ganaron alguna gloria en el cielo, ésa tendrán, pues aquí ninguna tienen [...]. Comparándonos, pues, con aquéllos para cuyos poder y magestad apenas bastaba el mundo todo, consideremos cuán nulos son el poder, la gloria, el orgullo por que nos afanamos, sudamos y enloquecemos. Si gloria queremos, que sea la verdadera; si fama, la que no desvanece; si honra, la que no se marchita: no las de esos emperadores cuya gloria toda ya no es más que restos de fantasías [...]. Verdadera gloria y fama y honra tendremos si [...] ponemos nuestra esperanza [...] en Dios, no en los hombres, como los britanos, que olvidándose de Dios [...] pidieron ayuda a los paganos, y la tuvieron, pero la que merecían. (*Hist. Anglorum* 2.1).

Como lección de moral, el veredicto de Enrique supera el austero resumen de Beda, para quien «todos concordaron [...] en llamar en auxilio a los sajones, lo que consta haber sido con el consentimiento de Dios para que a los ímprobos les sobreviniera la desgracia» (*Hist. Eccl.* 1.14). La actitud de Geoffrey, en cambio, es más compleja que la serena objetividad de Enrique o la equívoca *Schadenfreude* de Beda y Gildas. Geoffrey se propone en efecto como mediador entre sus compatriotas y los normandos, los últimos en la larga lista de conquistadores de los britanos. Es un papel que no sólo exige la omisión sistemática de los juicios desfavorables encontrados en los relatos de sus antecesores sino que le obliga a algunos cambios de énfasis.

Por ejemplo, tanto Gildas como Beda habían admitido la peste, el hambre y la pérdida de soldados en descabelladas aventuras militares en el continente como causas secundarias de la facilidad con que pictos y escoceses habían derrotado a los britanos; Geoffrey, además de subrayar el hambre y la peste, transforma al comandante de la fuerza expedicionaria en una especie de flautista de Hamelin, que llevó la flor de la juventud por mal camino y abrió el sur de la isla a la invasión del otro lado de la Muralla de Adriano (en cuya construcción los romanos

⁶ Vita S. Winwaloei (ca. 884), en *Analecta Bollandiana* VII, 1888, 175.

habrían desempeñado un papel menor como el de los consejeros técnicos extranjeros en los países en vías de desarrollo de hoy).

Al mismo tiempo Geoffrey procura desarmar la crítica de los britanos y moderar el impacto del tema de venganza divina con la estratagema de expresarlo en las palabras de las propias víctimas, como el mítico Rey Cadwaladr, que al partir para el exilio proclama a sus enemigos: «non nos fortitudo vestra expellit, sed Summi Regis potentia, quam nunquam offendere distulimus». Geoffrey mismo también apostrofa a su errante patria: «¿Por qué, odiosa gente siempre sedienta de guerra civil, te debilitaste tanto en riñas domésticas cuando antes sujetaste lejanos reinos a tu poder?»

Ahora, si preguntamos qué lejanos reinos son éstos, sólo pueden ser los que conquistó el Rey Arturo, y tendremos que admitir que la letanía de conquistas alegadas por Geoffrey se reduce a una lista de los pueblos que a lo largo de la historia, lejos de ser sujetados por los britanos, los habían repetidamente hecho picadillo. Pero no es ésa la pregunta apropiada, que debemos buscar no en la realidad histórica sino más bien – ya que la apóstrofe de Geoffrey es un recurso retórico – en la convención retórica.

Según la *Chanson des Saxons* de Jean Bodel, «ne sont que trois matières a nul homme entendant: / de France, de Bretagne et de Rome la Grant», pero si «li conte de Bretagne sont si vain et plaisant, / cil de Rome sont sage, et de san aprenant». Ernst Robert Curtius dedicó especial atención al apego de la poesía latina a las *laudes Romae e Italiae* y a las normas que se elaboraron en la antigüedad para el elogio de ciudades y países.⁷ Toca ahora evocar el más célebre de los panegíricos antiguos, el de Italia en las *Geórgicas* (III, 136-75), que no deja de recordar el de Britania por Geoffrey, y permite deducir algunos *topoi* del típico panegírico al mismo tiempo que elucida algunas preguntas que nuestros autores nos han planteado.

Virgilio empieza con dos lugares comunes tan comunes que han adquirido nombres propios: Curtius los llama el de la superación y el de la India; y según Virgilio, ni siquiera la India puede superar al país de riquísimas cosechas y ganado contento, del aceite y el zumo divino de la viña, que es Italia. Los dos *topoi* juntos no significan más, en resumen, que lo que dirían Geoffrey y Enrique una docena de siglos más tarde de su propia patria: la más noble y bienaventurada de la Tierra toda. Constituyen en efecto una fórmula libremente transferible en la que basta insertar el nombre de un dado país para apropiarse de ella; y ni Geoffrey ni su precursor fue el primero a hacerlo: Isidoro de Sevilla, a medio camino entre las *Geórgicas* y Geoffrey, ya se había apropiado de ella para España. Pero hay otras fórmulas menos fáciles de transferir; y cuando encontramos *Bacchi Massicus umor* y *oleae* compartiendo el lugar de honra con cereales entre los productos de Italia, por ejemplo, empezamos a comprender por qué Beda y Enrique se empeñaban en mencionar las viñas británicas, aunque poco más se podía decir de ellas aparte del simple hecho de su existencia, y ni siquiera el patriotismo de un Enrique podía producir una aceituna británica.⁸

Alfonso de Cartagena, el erudito obispo judío de Burgos y amigo de Aretino y Enea Silvio Piccolomini, se aprovechó de este talón de Aquiles cuando, como representante en el Concilio de Basilea de 1434, le cupo defender la precedencia de la delegación española sobre la inglesa. Citando a San Mateo para probar que la viña y la oliva son índices de la fertilidad de un país, e ignorando el testimonio de Beda y Enrique, sostuvo que aunque ambas abundaban en España, Inglaterra no tenía ni una ni otra; *ergo*, España era el país más fértil, *ergo* era el más importante, *ergo* los ingleses tenían que ocupar el segundo lugar. Y sanseacabó.⁹

⁷ Curtius 1953, cap. 8, §4; véase un resumen en Gillet 1961: IV.281-87. Los datos esenciales ya están en Quintiliano (*Inst. Orat.* 3.7.26-28): «Laudantur [...] urbes similiter atque homines [...]. Est laus et operum [...] et locorum [...], in quibus [...] speciem et utilitatem intuemur: speciem in maritimis, planis, amoenis; utilitatem in salubribus, fertilibus».

⁸ A la época de Shakespeare la difícil aclimatación ya se había realizado, y la aceituna era cultivable, retóricamente hablando, en las latitudes de la floresta de Arden (cf. *As You Like It*, III.4 y IV.3).

⁹ Véase Davis 1935: 157-58.

Para nuestros fines, sin embargo, el elogio de España tendrá que aguardar la conclusión de nuestro examen de las *sortes virgilianae*. Virgilio pasa ahora a una serie de *topoi* – niveles rebaños, ganado contento, el fogoso *bellator equus*; ciudades y obras públicas; ríos, lagos, mares y puertos; plata y cobre y oro – que pertenecen tanto al reino de la realidad observada como al de la retórica, lo mismo que la ausencia de predadores grandes, como el feroz león o las *rabidae tigres*, también atribuida a Italia por Plinio y por Estrabón a Iberia... (et qui haec plurius scire voluerit, legat Alan Deyermond).¹⁰

Termina Virgilio apostrofando directamente el objeto de su loor: «Salve, magna parens frugum, [...] magna virum!». Y por *vir* quiere obviamente decir el *genus acre virum*: los clanes militares de Italia cuyos nombres le salen de la boca con la misma sonoridad de las listas de capitanes en Homero o el *Cantar del Cid*. Ahora, quizá – lo mismo que con el vino y el aceite – comprendemos por qué Geoffrey se siente obligado a atribuir tan resonantes victorias a los britanos en Hibernia y las Órcadas, en Escandinavia y Galia y las tierras de los godos, porque es evidente que se trata otra vez de uno de los requisitos ineludibles del panegírico nacional que Virgilio designa apropiadamente como *res antiquae laudis et artis*.

Plinio se impresionó tanto con el pasaje virgiliano que basó en él dos *laudes Italiae* complementarias que forman en conjunto un modelo del panegírico bien hecho. La primera ocurre en la sección geográfica de la *Naturalis Historia* (3.5) y tiene poco interés. Es altamente exclamativa, utiliza mucho el *topos* de la inexpresibilidad, e introduce, previsiblemente, el aceite, el vino, cereales, ganado, ovejas, y recursos hídricos. Pero la segunda es de veras curiosa, y es evidente que el autor le atribuye mucha importancia. Parece en efecto haberla concebido como una especie de gran final para rematar su vasta compilación con un rimbombante acorde patriótico, lo que le obliga a tentar colocarla lo mejor que puede al fin del levantamiento mineralógico universal que constituye el último libro de la obra.

Esta tarea la cumple con cierta torpeza, parando abruptamente después de observar que el Ganges es un río gemífero, y pasando sin más al asunto: «Ahora que he tratado de todas las obras de la Naturaleza [...], debo considerar sus productos y los países donde se encuentran». Con este preámbulo el camino está abierto para el encomio retóricamente correcto de Italia: *parens mundi* y más bella de todas las tierras bajo el sol, con sus soldados, artistas y otros hombres de talento; su situación, clima, selvas, montañas, pastos, caballos, ganado, rebaños, cereales, vino, aceite, oro, plata, cobre, hierro, etc.

Pero ahora acontece algo desconcertante que estropea el clímax. De repente Plinio recuerda sus viejos tiempos de Procurador en Hispania, y vacila. «Después de Italia», confiesa, «y dejando fuera de cuenta la fabulosa India» (quiere decir, prescindiendo de convenciones retóricas), «duxerim Hispaniam [...] quamquam squalidam ex parte, verum [...] feracem frugum, olei, vini, equorum metallorumque omnium generum». Pero donde vence Hispania a todos los competidores es «corporum humanorum duritia, vehementia cordis».

Para nosotros, como para Plinio, los loores de España ya no pueden esperar más. Las palabras del sabio romano habrán agradado al *cor vehemens* de San Isidoro de Sevilla (aunque *quamquam squalidam* quizá no le haya hecho mucha gracia). En todo caso el largo elogio de España con que empieza su *Historia de Regibus Gothorum, Wandalorum et Suevorum* (Migne, *Patr. Lat.* 83, 1058) consta de un injerto directo del de Plinio en el virgiliano de Italia, y había de fundar una tradición multiseccular en las letras españolas. Aquí sólo cabe una breve síntesis.

De todas las tierras del mundo, del extremo Occidente a la India, según el santo etimologista, la más bella es la «sacra semperque felix principum gentiumque Mater Hispania [...], in qua gaudet multum et largiter floret Geticae gentis gloriosa fecunditas». Prosigue, caóticamente, la obligatoria letanía de recursos: cereales, aceite, viñas, pastos, florestas, pescado,

¹⁰ Véase «Leones y tigres en la literatura medieval castellana», supra, 45-67.

clima, metales, perlas, caballos, rebaños, ríos, y así sucesivamente. En otros tiempos fue codiciada y desposada por Roma, pero al fin, *post multiplices in orbe victorias*, la *florentissima gens Gothorum* la raptó y amó, y aún hoy la goza, *imperii felicitate securo*.

La inconsciente ironía de este acorde final es casi por demás profética: el panegírico isidoriano de Hispania no tendría eco por más de seiscientos años. En menos de noventa los godos con sus felices certezas se hundirían, varridos por el *tsunami* del Islam, y lo que ha de ocupar el espíritu y la pluma de los cronistas cristianos no es el elogio sino la elegía. Todos los anteriores lamentos y recriminaciones por el *excidium Britanniae* recomienzan por el de Hispania, una vez novia de la áurea Roma, y luego la todavía regia amante de sus raptos godos (pues *capta ferum victorem cepit*), pero por fin sólo la más bella esclava del harén del Califa de Damasco.¹¹ Fue solamente a mediados del siglo XIII, cuando Beda y Gildas y Enrique y el propio Geoffrey no eran más que una vaga memoria en su lejana isla, que se oyeron de nuevo los loores de España, ya indisolublemente unidos, como los de Britania, con los lamentos por su pérdida.

Después de sus seis siglos de eclipse el orgulloso encomio de Isidoro había de encontrar, en rápida sucesión, dos imitadores: Lucas, obispo de la obscura diócesis gallega de Tuy, alias *el Tudense*, y su contemporáneo mucho más augusto el gran arzobispo de Toledo D. Rodrigo Ximénez de Rada, *el Toledano*. La comparación de las *Laudes Hispaniae* de Lucas, de 1236, con las de Isidoro, seiscientos doce años antes, ejemplifica un cambio significativo en las normas del panegírico nacional *comme il faut* entre el período postclásico y la Edad Media, cuando el *topos* de la pluma y la espada fue complementado por un tercer requisito: ahora un país tenía que ser celebrado no sólo por sus hombres de letras y de armas sino por sus santos; y a ese respecto España, según el Tudense, ha sido elegida por el Señor como recipiente de Su especial favor. Como prueba, viene a continuación la reglamentaria afirmación de la riqueza animal, vegetal y mineral del país, más la pureza del aire, la fertilidad del suelo, la abundancia de ríos y fuentes, y en resumen (para el traductor anónimo de Lucas en el siglo XV), «más o menos de todas las cosas pertenecientes al uso del provecho y del deleyte de los omnes»,¹² incluyendo los soberbios caballos que aseguran que nunca pueda faltar una montura para los guerreros.

Pero aun más importantes que los bienes temporales son las dotes espirituales con que Dios ha enriquecido a España en la forma de reliquias de santos y mártires, empezando con el apóstol Santiago. Al llegar a este punto Lucas recuerda, justo a tiempo, que habiendo mencionado santos y guerreros, debería decir algo de las artes y ciencias; a lo mejor la Filosofía puede servir para ambas. La Filosofía no es exactamente el fuerte del Tudense, pero cualquier persona medianamente culta puede nombrar algunos filósofos españoles: Séneca, por ejemplo, y aquel otro... ¿cómo se llamaba? ¿No era español también? Claro: *Aristóteles*, que incluso fue un gran astrónomo: «usado en philosophia y noble pesquiridor de las estrellas».

Lucas termina por dar su propia opinión sobre una cuestión que había preocupado a varios sabios de la Antigüedad, creando cierta confusión semántica. El mundo se dividía en tres partes: Europa, Asia y África. ¿Era Europa, pues, un tercio de la Tierra? Algunos optaban por el tamaño y decían que era mitad, mientras que otros tomaban *tertia pars* por un juicio de valor y protestaban que no era la tercera sino la primera. Y ¿dónde empezaba: en Cádiz, o a orillas del Volga? Para la mayoría de los griegos, iba del Este al Oeste, pero Estrabón sostenía lo contrario, y Lucas concordó con él, afirmando que no acababa en las Columnas de Hércules sino que empezaba allí. España, pues, no era la última parte del mundo sino la primera. En efecto, era también la primera en importancia, y si su posición en el extremo Occidente la colocaba en el

¹¹ Esta metáfora anacrónica (la institución del harén no existía hasta el fin de la época omeya) surge automáticamente a la luz de la imagen nupcial de Isidoro, a primera vista tan típicamente islámica (cf. Gillet 1961: IV.284) que sorprende encontrarla noventa años antes de la invasión, al menos hasta que recordamos que Gildas ya había descrito Britania como «electa veluti sponsa [...] ornata» (Mommsen 1894: *Monum. Germ. hist.* XIII, *Chronica min.* iii).

¹² *Laudes Hispaniae*, ed. Puyol 1926: 3.

otro extremo del mundo relativamente a Edén, era sólo una cuestión de simetría, «et quia quod sunt extrema, scilicet Paradisus et Hispania, quadam affinitate delitiosa alludunt sibi».

Con esta nota triunfal termina el Tudense su prefacio, relegando el anticlímax de la invasión mora a la parte narrativa de su obra para no estropear el efecto retórico. Cupo al ilustre arzobispo su contemporáneo reconocer que no lo estropeaba forzosamente, e introducir en España el tema doble de *commendatio* y *deploratio* iniciado en Britania por Gildas.

El Toledano ni siquiera se molesta en presentar las dos mitades del tema según el modelo trágico, con la catástrofe al fin, sino que organiza su material de manera puramente elegíaca. La inversión en el título de su capítulo *De destructione Gothorum et commendatione Hispaniae* basta para sugerir que no pretende crear *suspense*, y esa impresión es confirmada por sus palabras de apertura: «Pro dolor, hic finitur gloria gothicae maiestatis [...] et cui victa Roma flexit genu [...] Machometi [...] rebellio [...] consummavit».

El tópico del *victor victus* es una versión moralizante comprimida del familiar tema doble de elogio y elegía. Más didáctico que trágico, no aspira a conmovir mediante la piedad y el terror sino instruir a fuerza del ejemplo. Puede incluso servir para avergonzar al propio vencedor vencido, como cuando Geoffrey apostrofa a los britanos inventando antiguas victorias para subrayar la desgracia actual.

D. Rodrigo procede ahora a su *commendatio* desarrollando la tesis de Lucas sobre el favor divino concedido a España. Curiosamente, tratándose de un arzobispo, sólo los bienes temporales derivados de ese favor le interesan. El Señor ha enriquecido a España con abundancia de todas las cosas deseables («omnium desiderabilium copia ubertavit»). Si no, ¿por qué los propios godos, conociendo el mundo todo, se habían instalado allí en preferencia a cualquier otro país? Para el Toledano, como para el Tudense, era otro Edén, pero no por razones de simetría sino por causa de sus ríos, pues «Hispania [...] quippe Paradisus [...] principalibus fluminibus irrigatur».

Al llegar al inventario de las bendiciones del país, D. Rodrigo irrumpe en superlativos, tomando como modelo el impetuoso encomio de Isidoro para mezclar sin orden recursos naturales, humanos y manufacturados, adornando cada producto, artefacto o ramo de esfuerzo humano con una profusión de adjetivos más o menos apropiados: es *fértil* en cosechas, *agradable* con fruto, *delicioso* con productos lácteos, *orgulloso* con caballos, *curioso* con vinos, *copioso* en aceite, *jubiloso* con azafrán, y en fin «praecellens ingenio, audax in proelio [...], facilis studio, pollens eloquio, fertilis omnibus». Pero este reino, *tam nobile, tam ornatum* – concluye abruptamente – volvió su propia espada contra sí mismo, hundiéndose luego ante una sola arremetida de fuera, «et captae fuerunt omnes Hispaniae civitates, et manibus diripientium sunt subversa».¹³

Con el Toledano nació el tema doble de *commendatio* y *deploratio Hispaniae*, y con él podría haber acabado, si no hubiera sido adoptado su capítulo entero por la *Primera Crónica General*, iniciada en el último cuarto del mismo siglo XIII por un equipo de eruditos orientado por Alfonso el Sabio. Si las fuentes de la *Crónica* no siempre son históricamente fidedignas, literariamente suelen ser impecables, y el estudioso moderno de la poesía debe mucho a sus compiladores, tanto por lo que entró en ella como por lo que salió. Gracias a su aceptación de la poesía épica como historia y la rapidez con que trabajaban, consiguieron no sólo conservar mucho material que nos permite llenar lagunas en el texto de varias obras conservadas sino también recuperar generosos fragmentos de otras perdidas del todo, simplemente transcritos como prosa, pero con las rimas (y a veces incluso la métrica) intactas dentro de extensas narrativas históricas.

Lo que aquí nos interesa es más bien lo que salió de la *Crónica* después de la impresión de la *editio princeps* en 1541, dos siglos y medio más tarde, cuando un puñado de poetastros más

¹³ Apud Antonio de Lebrija (1510), *Rerum a Fernando & Elisabe [...] gestarum Decades*, lib. 3, cap. 20, Granada.

ingeniosos que inventivos, ansiando satisfacer la creciente demanda popular de breves poesías épico-líricas, descubrió que podían ser extraídas de la gran compilación alfonsina.¹⁴ Los romances neohistóricos resultantes eran al principio tan verbosos y tan desgarbadamente versificados que delataban su origen como prosa tan claramente como las secuencias épicas apresadamente prosificadas revelaban el suyo como verso. Sin embargo, al estimular el mismo apetito que se destinaban a satisfacer, contribuyeron al nacimiento de un nuevo género de romance artístico paralelo al todavía vigoroso tradicional, garantizando la sobrevivencia de éste al apropiarse de algunos de sus temas históricos y proyectarlos hasta bien dentro del siglo XVII.

Un resultado fortuito de esta operación de salvamento fue que mientras tanto algunos de esos temas consiguieron atravesar la frontera (siempre permeable en ambos sentidos) entre la relativa estabilidad del texto escrito y la fluidez de la tradición oral, y ser nuevamente tradicionalizados. A fines del siglo XVI, cuando Góngora y Lope estaban perfeccionando el romancero nuevo, toda una serie de romances tradicionales debía estar en circulación oral contando la pérdida de España a los moros, que en tiempos aún recientes habían sido despojados de su último reducto en la Península y empezado a ser poética y románticamente «interesantes».

Complicadas análisis de la caída del imperio visigótico no eran lo que el público exigía, y una explicación simplificada fue encontrada en el relato de la seducción por el último rey godo de la hija de su vasallo el conde Julián, gobernador de Ceuta, que no tardó en pasarse al lado de los moros, entregándoles su feudo allende el estrecho y colaborando en la invasión de la Península misma. Uno de los romances impresos sobre la pérdida de España transmitidos por las hojas sueltas antiguas, que data de la primera mitad del siglo XVI, describe la redacción de la carta en que el conde ofrece su servicio al rey moro:

En Ceupta está Julián,
en Ceupta la bien nombrada;
para las partes de allende
quiere embiar su embaxada [...].
Embaxada es de dolor,
dolor para toda España;
las cartas van al rey moro
en las cuales le jurava
que si le dava aparejo
le dará por suya España.

En este momento la narrativa se para en seco, y el resto del romance lo revela como otro ejemplo más del tema doble de *commendatio* y *deploratio*:

Madre España, ¡ay de ti!,
en el mundo tan nombrada,
de las tres partes del mundo
la mejor y más ufana,
donde nace el fino oro
y la plata no faltada,
dotada de hermosura
y en proezas estremada;
por un perverso traidor
toda eres abrasada,

¹⁴ También lo que entró en la *Crónica* interesa en relación a Geoffrey, de cuya *Historia* casi todo desde el capítulo 3º del libro I al 8º del III pasó (atribuido a Gildas) a la compilación posterior del Rey Sabio, la *Grande et General Historia*. Curiosamente, su única omisión del pasaje de la obra de Geoffrey incluido en la suya es precisamente el elogio de Britania; y sería sorprendente si el rey y sus colaboradores no hubieran pensado en Geoffrey (y Gildas) al redactar el elogio de España y duelo por su pérdida que había de tener una influencia tan duradera.

todas tus ricas ciudades
con su gente tan galana
las domeñan oy los moros
por nuestra culpa malvada [...].¹⁵

Ya lo hemos oído todo, desde luego. Como conviene a la forma semilírica y mas ceñida del romance, la riqueza mineral se sublima esquemáticamente como oro y plata; los paisajes y las hazañas de guerreros, santos y sabios se generalizan como belleza y valor; la supremacía se presenta simplemente como un hecho obvio. Cuando se trata de atribuir la culpa del desastre, no caben sofismas: el agente inmediato – el perverso traidor – no deja de ser identificado, pero la responsabilidad fundamental – nuestra culpa malvada – no se elude.

Aun así, a pesar de su economía verbal, hay elementos en el romance que, por familiares que ya nos sean, no se encuentran en la *Crónica* alfonsina de la que claramente derivan. La exclamación «¡ay de tí!» recuerda el «Pro dolor» del Toledano; pero esa exclamación, por casualidad, es casi la única reminiscencia de su capítulo que no pasó a la *Crónica*. Los artificios retóricos de la apóstrofe y la personificación de la Madre España no habían sido vistos desde Isidoro de Sevilla, y las tres partes del mundo podrían derivar de muchísimas fuentes; de donde ciertamente no han venido es de la *Primera Crónica General*.

Pero no tenemos que suponer que el anónimo autor de un romance callejero ha leído las obras de Estrabón o las *Geórgicas* o la *Historia Gothorum* o las crónicas latinas del Tudense y el Toledano, siquiera en traducción. Las estratagemas de la retórica están firmemente arraigadas en el lenguaje natural de la emoción, del cual la retórica no es sino una forma estilizada; y las raíces de panegírico y lamento son de las más hondas que hay, remontándose a un subsuelo preconceptual: al grito inarticulado de alabanza o dolor.

Mi último ejemplo del tema de elogio y elegía apenas pasa de semejante grito. Otra vez se encuentra en un romance: por cierto, un descendiente tradicionalizado del que acabamos de ver. Pero los siglos que median entre los dos han transformado no sólo el tono, como sucedió entre la época de Isidoro y la del Tudense, sino la lengua, como entre el latín de Lucas y el castellano de nuestro primer romance; y el tema mismo, después de cerca de tres siglos de transmisión oral, ha sido casi volatilizado. Este último eslabón en una cadena que se inició con Isidoro de Sevilla confirma ingenuamente la persistencia del sentimiento premorisco de una cultura ibérica común que trasciende las fronteras internas de la Península y abarca fácilmente los siglos. Fue transcrito poco antes de 1870 en la provincia más meridional de Portugal:

Triste Hispanha, flor do mundo,
tão nobre e tão desgraçada!
Por vingança de um tredor
serás dentro em pouco escrava!
Tuas cidades e villas
todas te serão ganhadas! [...]
Terras bemditas são logo
de perros moiros cercadas [...];
toda Hispanha se converte
em poderosa Moirama [...].¹⁶

Aquí termina – al menos por ahora – la historia de un panegírico, vinculado por las veleidades de la fortuna (y las convenciones de la retórica) a las horas más fatídicas de la vida

¹⁵ Menéndez Pidal 1957, I. 36.

¹⁶ *Ibid.*, 37-38. Portugueses tan patrióticos como Camões en el siglo XVI y Almeida Garrett en el XIX también mantuvieron el nombre colectivo de los varios reinos históricos de la Península, rechazando su apropiación unilateral por Castilla.

inicial de tres naciones, cada una de ellas destinada a expandirse mucho más allá de los confines de aquella Europa que a Estrabón y Plinio, al Monumetense y al Tudense, había parecido tan vasta. www.ahlm.es

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALVAR, Carlos (1991), *El rey Arturo y su mundo: Diccionario de mitología artúrica*, Madrid, Alianza.
- BUNBURY, E. H. (1879), *History of Ancient Geography*, Londres, Trübner.
- CUNLIFFE, Barry (2005), *So who were the Celts?*, Bloomington, Indiana University Press.
- CURTIUS, Ernst Robert (1953), *European Literature and the Latin Middle Ages*, trad. Willard R. Trask, Nueva York, Pantheon Books.
- DAVIS, Gifford (1935), «The Development of a National Theme in Medieval Castilian Literature», *Hispanic Review*, III, pp. 157-58.
- FARAL, E. (1929), *La légende arthurienne*, III, París; trad. L. A. de Cuenca (1984), *Historia de los Reyes de Bretaña*, Madrid, Siruela.
- GILLET, Joseph E. (1961), ed., *Propalladia and Other Works of Bartolomé de Torres Naharro*, IV, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- JARMAN, A. O. H. (1966), *Sieffre o Fynwy*, Cardiff, Gwasg Prifysgol Cymru.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramon (1957), *Romancero Tradicional*, I, Madrid.
- RECKERT, Stephen (1967), *The Matter of Britain and the Praise of Spain*, Cardiff, University of Wales Press (la presente conferencia es una versión revista y actualizada de este ensayo).